

por su boca, que crea en un estado de iluminación religiosa: siendo así que, en realidad, no dice sino lo que ha aprendido, la sabiduría popular y la locura popular confundidas. Luego, siendo que así que el poeta es verdaderamente *vox populi*, pasa por ser *vox Dei*.

177.—*Lo que todo arte quiere y no puede.*

La última tarea del artista, la tarea más difícil, es la descripción de lo inmutable, de lo que reposa en sí, superior y sencillo, lejos de todo encanto particular; por eso las más hermosas representaciones de la perfección moral, son rechazadas por los artistas más débiles, como bosquejos antiartísticos, porque el aspecto de esos frutos es demasiado doloroso para su ambición: ven aparecer á éstos en las ramas extremas del arte, pero carecen de escalera, de valor y de práctico para aventurarse á subir tan alto. En sí, no hay objeción á la venida de un Fidas *poeta*; pero si se considera la capacidad moderna, sólo será esto cierto en el sentido de que á Dios «ninguna cosa es imposible». El deseo de un Claudio Lorena, en el dominio de la poesía, es ya, actualmente, una falta de modestia, cualquiera que sea la inspiración que os arrastra á ello. Ningún artista ha estado hasta ahora á la altura de esta tarea: la descripción del hombre *más grande*, es decir, *el más sencillo* y al mismo tiempo *el más completo*; pero quizá los griegos, en su *ideal de una Pallas Atenea*, han dirigido su mirada más lejos que los demás hombres.

178.—*Arte y restauración.*

Los monumentos retrógrados en la historia, lo que se llama las épocas de restauración, que tratan de resucitar un estado intelectual y social que existía an-

tes del que subsistía en el último lugar, poseen el encanto que suscitan los recuerdos llenos de sentimientos, el deseo ardiente de lo que casi se ha perdido, el goce presuroso de una corta felicidad. A causa de esa singular penetración del espíritu, las artes y las letras encuentran un terreno propicio precisamente en esas épocas fugitivas, casi envueltas en el sueño: del mismo modo que las plantas más tiernas y más raras crecen en las vertientes abruptas de las montañas. Así, muchos buenos artistas se sienten insensiblemente arrastrados á ideas de restauración política y social, en vista de la cual se construyen á su modo un retiro florido y silencioso, donde reunan á su alrededor los vestigios humanos de esa época de la historia que le recuerda lo que ama, ejercitando su arco ante muertos, moribundos y extremados quizá con el éxito de una breve resurrección.

179.—*Felicidad de la época.*

Nuestra época debe juzgarse feliz por dos razones. Con respecto al *pasado* gozamos de todas las culturas y de sus producciones, y nos nutrimos con la sangre más noble de todos los tiempos. Nos encontramos todavía bastante cerca de las fuerzas mágicas de donde han salido esas culturas, para poder someternos á ella, temporalmente, con alegría y con estremecimiento: mientras que las civilizaciones más antiguas solo supieron gozar de sí mismas, sin ver más allá, como si estuviesen encerradas bajo una campana de cristal donde penetrasen los rayos de luz, pero sin dejar filtrarse la mirada. Con respecto al *porvenir*, se abre á nosotros, por primera vez en la historia, la perspectiva prodigiosa de los planes humanos y ecuménicos, que abarcan la tierra entera. Al mismo tiempo,

sentimos en nosotros la fuerza suficiente para tomar á nuestro cargo, sin ayuda sobrenatural, pero también sin presunción, esta tarea nueva; y, cualquiera que sea el resultado de nuestra empresa, aun cuando hubiéramos fiado demasiado en nuestras fuerzas, no habría nadie á quien debiéramos dar cuenta, fuera de nosotros mismos: la humanidad puede desde ahora hacer por sí misma todo lo que quiere. Es cierto que existen singulares abejas humanas que, en el cáliz de todas las cosas, no saben siempre libar lo más amargo; y, en efecto, todas las cosas llevan en sí algo de esta hiel. Que estas abejas humanas piensen en la felicidad de nuestra época todo lo que quieran, y continúen construyendo la colmena de su desagrado.

180.—*Una visión.*

Horas de enseñanza y de contemplación para los adultos y para los hombres de edad madura; esas horas cotidianas ocupadas por cada cuál sin violencia alguna según las reglas de sus costumbres; las iglesias consideradas como los lugares más dignos y más ricos en recuerdos para estas reuniones; en cierto modo, solemnidades cotidianas para festejar la supremacía de la razón y de la dignidad humanas; una eflorescencia nueva y completa de un ideal de enseñanza, en que el sacerdote, el artista y el médico, el sabio y el discreto, se fundiesen en un solo individuo y del mismo modo que deberían revelarse en la enseñanza misma, en la manera de presentarse, en su método, las virtudes particulares de cada uno, reunidas en una virtud general:—ésta es mi visión que siempre se repite y de la cual creo firmemente que ha levantado un pliegue del velo del porvenir.

181.—*Educación tortura.*

La extraordinaria incertidumbre de toda enseñanza pública que dé á todo adulto la impresión de que su único educador ha sido la casualidad (lo que hay de semejante á la veleta en todos los métodos y rumbos educadores) se explica por el hecho de que, en nuestros días, las potencias pedagógicas *más antiguas y más nuevas*, como en una tumultuosa reunión pública, tratan más bien de ser oídas que comprendidas, y quieren demostrar á toda costa con sus voces ó con sus gritos que *existen todavía* y que *existen ya*. Ante este ruido insensato, los pobres maestros y educadores han comenzado por aturdirse, después se han callado, y, por fin, su espíritu se ha embotado y se contentan con dejar que todo pase á su lado, como dejan que pase al lado de sus discípulos. No se han educado á sí mismos, ¿cómo habrían de enseñar? No representan un tronco poderoso, repleto de savia: el que quiera apoyarse en ellos deberá curvarse y torcerse, y acabará por parecer contrahecho y torcido.

182.—*Filósofos y artistas de la época.*

La brutalidad y la frialdad, el ardor del deseo y el corazón helado; esa mezcla repugnante se encuentra en el carácter de la alta sociedad europea de hoy. Por eso el artista cree ya conseguir un fin muy elevado si, por medio de su arte, hace brotar alguna vez y al lado del ardor del deseo, el calor del corazón, y lo mismo siente el filósofo, si con la tibieza del corazón que posee en común con su época, llega á enfriar, por medio de sus juicios ascéticos, el calor del deseo que le anima á él y á esta sociedad.

183.—*Cuesta trabajo ser soldado de la cultura.*

Por fin llegáis á aprender aquello cuya ignorancia os causaba tanta molestia cuando érais jóvenes: que primeramente hay que *hacer* lo que es perfecto, y después *indagar* lo que es perfecto, cualesquiera que sea el lugar en que se encuentra esta perfección y el nombre bajo el cual se oculta; que, por el contrario, hay que evitar todo lo que es malo y mediocre sin *combatirlo*, y que la duda respecto de la cualidad de una cosa (tal como nace rápidamente con un gusto algo ejercitado), puede servirnos de argumento contra esta cosa, y de motivo para evitarla por completo; á riesgo de engañarnos algunas veces y de confundir el bien, difícilmente asequible con lo malo y lo mediocre. Sólo el que no sabe hacer nada mejor debe engolfarse en las torpezas del mundo, como soldado de la cultura; pero los que deben mantener la cultura y divulgar sus enseñanzas se perjudican á sí mismos si se quedan con las armas en la mano, y transforman, por su vigilancia, por sus guardias nocturnas y por sus malos sueños, la paz de su vocación y de su hogar en una inquietud belicosa.

184.—*Cómo hay que contar la Historia Natural.*

Siendo la Historia Natural la historia de la lucha victoriosa y de la fuerza moral é intelectual, contra el miedo y la imaginación, la pereza, la superstición y la locura, debiera narrarse de manera que cada uno de los que oyen se siente irrevocablemente arrastrado á aspirar la salud y á la expansión intelectuales y físicas, á sentir el júbilo de ser heredero y continuador de todo lo que es humano, y á dedicarse á un espíritu de empresa cada vez más noble. Hasta ahora no ha

encontrado su verdadero lenguaje, porque los artistas inventivos y elocuentes no pueden despojarse de una confianza obstinada respecto de ella, y, ante todo, no quieren seriamente aprender de ella. Siempre resulta que hay que reconocer que los ingleses, en sus manuales científicos para las clases populares, han dado un gran paso hacia este ideal; es que esos manuales están compuestos por sabios distinguidos (naturalezas completas y exuberantes), y no como entre nosotros, por las medianías de la ciencia.

185.—*Genialidad de la especie humana.*

Si, según la observación de Schopenhauer, hay genialidad en el hecho de acordarse de una manera coordinada y viva de lo que os ha sucedido, en la aspiración al conocimiento de la evolución histórica (que hace resaltar siempre más vigorosamente los tiempos modernos sobre los tiempos antiguos, y que por primera vez ha traspasado los antiguos límites entre la naturaleza y el espíritu, entre el hombre y la bestia, entre la moral y la física), podría reconocerse una aspiración á la genialidad en el conjunto de la humanidad. La historia imaginada, completa, sería una conciencia cósmica.

186.—*Culto de la cultura.*

A los grandes espíritus se agrega lo que hay en su naturaleza de repugnantemente demasiado humano (sus ceguedades, sus injusticias, su falta de moderación), para que en ellos la influencia poderosa, fácilmente demasiado poderosa, esté contrapesada de continuo por la desconfianza que esas particularidades inspiran. Porque el sistema de todo lo que necesita la

naturaleza para subsistir es tan vasto y absorbe fuerzas tan diversas y tan numerosas que, por cada ventaja concedida *de una parte*, ya á la ciencia, ya al Estado, ya al arte, ya al comercio, adonde tienden esos individuos, la humanidad se ve de otra parte obligada á padecer. Siempre fué esta la mayor calamidad de la cultura, cuando se puso á adorar nombres y, en ese sentido, se puede estar de acuerdo con el axioma de la ley mosaica, que prohibía tener otros dioses al lado de Dios. Al culto del genio y de la fuerza hay que oponer siempre, como complemento y como remedio, el culto de la cultura, el cual sabe también conceder aprecio y comprensión á lo que es grosero, mediocre, vil, desconocido, débil, imperfecto, incompleto, cojo, falso, hipócrita, y hasta á lo que es malo y terrible, confesando que *todo eso es necesario*. Porque la armonía y el desarrollo de lo que es humano, á lo cual se ha llegado por medio de asombrosos trabajos y de azares, que son obra de ciclopes y de hormigas, tanto como de genios, ¿cómo, pues, podríamos prescindir de la base fundamental, profunda y muchas veces inquietante, sin la cual la melodía no sería melodía?

187.—*El mundo antiguo y la alegría.*

Los hombres del mundo antiguo sabían *regocijarse* mejor; nosotros sabemos *entristecernos* menos; aquellos descubrían siempre nuevas razones para disfrutar de su bienestar y para celebrar fiestas; ponían en ello toda la exuberancia de su sagacidad y de su reflexión; al paso que nosotros ocupamos nuestro espíritu con la solución de problemas que tienen por objeto extirpar el dolor y suprimir el disgusto. Por lo que atañe á la humanidad que sufre, los antiguos esforzábanse en ol-

vidarse ó en desviar su sentimiento, de un modo ó de otro, hacia el lado agradable. Así se servían de paliativos, al paso que nosotros atacamos las causas del mal y preferimos, en suma, obrar de una manera profiláctica. Quizá sólo construimos los cimientos sobre los cuales los hombres edificarán de nuevo, andando el tiempo, el templo de la alegría.

188.—*Las musas mentirosas.*

«Nosotras sabemos decir muchas mentiras». Así cantaron las musas en otro tiempo, cuando se revelaron ante Hesíodo. Se hacen descubrimientos importantes cuando uno se pone á considerar al artista como embustero.

189.—*Homero sabe ser paradójico.*

¿Hay algo más audaz, más espantoso y más increíble, algo que ilumine los destinos humanos de la manera que ilumina un sol de invierno, como este pensamiento que se lee en Homero: *Los dioses disponen de los destinos humanos y deciden la caída de los hombres, á fin de que las generaciones futuras puedan componer cantos?* Luego nosotros sufrimos y perecemos para que los poetas no carezcan de *asuntos*; y son los dioses de Homero los que ordenan eso así, como si los placeres de las generaciones futuras les importase mucho, y la suerte de nuestros contemporáneos les fuese indiferente. ¿Cómo ideas semejantes han podido caber en el cerebro de un griego?

190.—*Justificación ulterior de la existencia.*

Ciertas ideas han entrado en el mundo como errores y juegos de la imaginación, pero se han converti-

do en verdades porque los hombres han supuesto más tarde que tenían una base verdadera.

191.—*El pro y el contra son necesarios.*

El que no ha comprendido que todo grande hombre debe, no sólo ser alentado, sino también *combatido* en nombre del bien público, es todavía un niño grande; —ó acaso un grande hombre.

192.—*Injusticia del genio.*

El genio es el más injusto respecto de los genios, para el caso en que están sus contemporáneos; por una parte, cree poder prescindir de ellos completamente, y, á causa de eso, los considera como *superfluos* (porque ha llegado á ser lo que es sin su concurso); por otra parte, su influencia contrarresta el efecto de su corriente eléctrica; por eso los considera hasta como *perjudiciales*.

193.—*El peor destino de un profeta.*

Ha trabajado durante diez años en convencer á sus contemporáneos, y al fin lo ha conseguido; pero en el interin, sus adversarios también han logrado sus fines; le han persuadido y ya no está del todo convencido de la verdad de su doctrina.

194.—*Tres pensadores igualan á una araña.*

En toda secta filosófica, tres pensadores se suceden en el orden siguiente: el primero, engendra por sí mismo el jugo y la semilla; el segundo, saca de aquí hilos y teje una tela artificial; el tercero, se embosca en esta tela y acecha las víctimas que se aventuran á pasar por allí, y vive á costa de la filosofía.

195.—*Las relaciones con los autores.*

Es una manera tan mala de trabar relación con un autor el cogerle por la punta de la nariz, como el cogerlo por los cuernos; y cada autor tiene cuernos.

196.—*Yunta de dos.*

Las ideas confusas y la exaltación sentimental se asocian muchas veces á la voluntad implacable de llegar por todos los medios, y de hacerse admitir exclusivamente, así como el espíritu seguro, benéfico y benévolo se asocia al instinto de claridad y de nitidez de espíritu, de moderación y de pudor del sentimiento.

197.—*Lo que une y lo que separa.*

¿No se encuentra en la cabeza lo que une á los hombres—la comprensión de la utilidad y del prejuicio general—y en el corazón lo que separa; la elección ciega y la ciega inclinación en amor y en el odio el favor concedido á uno á costa de los demás, y el desprecio de la utilidad pública que de aquí resulta?

198.—*Tiradores y pensadores.*

Hay tiradores especiales que, aunque hayan errado el blanco, abandonan el campo de tiro con el sentimiento de secreta altivez de haber enviado su bala muy lejos (más allá del blanco, es cierto), ó de haber dado, si no en el blanco, al menos en otra cosa. Y lo mismo ocurre con ciertos pensadores.

199.—*De dos lados á la vez.*

Se hace oposición á una corriente intelectual, cuando se le es superior y se desapueba su fin, ó también

cuando su objeto es demasiado elevado para nosotros é incognoscible para nuestra vista, es decir, cuando nos es superior. Así, un mismo partido puede combatir de dos lados á la vez, por arriba y abajo, y muchas veces los antagonistas se asocian en un odio común, lo cual es más repugnante que todo lo que odian.

200.—*Original.*

No es ser el primero en ver algo nuevo, sino ver como si fuesen nuevas las cosas viejas y conocidas, vistas y revistas por todo el mundo, lo que distingue á los cerebros verdaderamente originales. El que descubre las cosas es generalmente ese ser completamente vulgar y sin cerebro: la casualidad.

201.—*Error de los filósofos.*

El filósofo se imagina que el valor de su filosofía estriba en su conjunto, en su construcción: la posteridad encuentra este valor en las piedras de que se sirvió y con las cuales se construirá muchas veces y mucho mejor: por consiguiente, en la posibilidad de destruir esta construcción, sin hacerle perder su valor como material.

202.—*Rasgo de ingenio.*

El rasgo de ingenio es el epigrama que se hace sobre la muerte de un sentimiento.

203.—*El momento que precede á la solución.*

En las ciencias, sucede todos los días y á todas horas que alguien se detiene inmediatamente antes de haber encontrado la solución, persuadido de que hasta entonces todos sus esfuerzos han sido vanos: semejan-

te á uno que desembrolla un ovillo, y que vacila, en el momento en que está casi deshecho, porque entonces es cuando ve más nudos.

204.—*Unirse á los exaltados.*

El hombre reflexivo y seguro de su razón puede ganar algo con unirse durante diez años á los imaginativos, abandonándose en esta zona tórrida á una dulce locura. Esta relación le ha hecho avanzar mucho en el camino para llegar por fin á ese cosmopolitismo del espíritu que puede decir sin presunción: «Nada intelectual me es extraño.»

205.—*Aire vivo.*

Lo mejor y lo más sano en las ciencias como en las montañas es el aire vivo que allí sopla. Los que gustan de la flojedad de espíritu (los artistas, por ejemplo), temen y abandonan las ciencias á causa de esta atmósfera.

206.—*Por qué los sabios son menos durables que los artistas.*

La ciencia necesita naturalezas más nobles que la poesía. Las naturalezas científicas deben ser más sencillas, menos ansiosas de gloria, porque deben profundizar cosas que, á juicio de la mayoría de los hombres, rara vez parecen dignas de semejante sacrificio de la personalidad. Hay que agregar á eso otro perjuicio de que tienen conciencia: su género de ocupación, invitación constante á la mayor sobriedad, debilita su *voluntad*; el fuego está menos vivamente alimentado que en el hogar de las naturalezas poéticas: por eso las naturalezas científicas pierden con más

frecuencia que éstas, á una edad poco avanzada, su gran vigor y su eflorescencia; y no ignoran ese peligro. En todas las circunstancias *parecerán* poseer peores cualidades porque brillan menos, y se estimarán en menos de lo que valen.

207.—*En qué obscurece la piedad.*

Atribúyese al grande hombre, en los siglos que le suceden, todas las cualidades y todas las virtudes del siglo en que ha vivido; y así, las mejores cosas están sin cesar *obscurecidas* por la piedad, que no ve en sí más que imágenes santas en que se coloca y se suspende ofrendas de todas suertes; hasta que acaben por ser completamente cubiertas y envueltas, y parecen más bien como objetos de fe más que de contemplación.

208.—*Estar puesta en la cabeza.*

Cuando ponemos la verdad en la cabeza, no nos damos cuenta, generalmente, de que nuestra cabeza tampoco está colocada donde debiera.

209.—*Origen y utilidad de la moda.*

El contento visible que siente *el individuo* ante su forma excita el espíritu de imitación y crea, poco á poco, la forma del *conjunto*, es decir, la moda: el gran número quiere llegar, por la moda, á ese benéfico contento de sí mismo que procura la forma y llega. Si se da uno cuenta de las razones que puede tener cada hombre para ser tímido y ocultarse, si se considera que las tres cuartas partes de su energía y de su buena voluntad pueden paralizarse y esterilizarse por estas razones, debe sentirse mucha gratitud hacia la moda,

en tanto que comunica confianza en sí y libertad de modales recíproca á los que saben que están ligados entre sí por sus leyes. Las leyes necias también proporcionan libertad y tranquilidad de espíritu, por pocos que sean los que se han sometido á ellas.

210.—*Desatar la lengua.*

El valor de ciertos hombres y de ciertos libros se funda sólo en la aptitud que tienen para obligar á cada uno á expresar lo que tiene de más oculto y más íntimo: son corta-bridás y palancas para las bocas más mudas. Ciertos acontecimientos y ciertas hazañas, que parecen no existir más que para maldición de la humanidad, tienen también este valor y este fin útil.

211.—*Espíritus libres.*

¿Quién de entre nosotros osaría llamarse espíritu libre si no quisiese rendir homenaje, á su manera, á los hombres que recibieron ese nombre para hacerles *injuria*, cargándole también sobre sus espaldas parte de ese fardo de la venganza y de la vergüenza públicas? Pero también tenemos derecho á llamarnos «espíritus de libre carrera», y eso seriamente (sin ningún desafío altivo ó generoso), porque esta carrera hacia la libertad es el instinto más pronunciado de nuestro espíritu, y en oposición con las inteligencias limitadas y oprimidas, casi vemos nuestro ideal en una especie de *nomadismo* intelectual: para servirme de una expresión modesta y casi denigrante.

212.—*Si, el favor de las musas.*

Lo que dice Homero va derecho al corazón; tan terrible y verdadero es á la vez: «La musa le amaba

más que á madre, y le había concedido conocer el bien y el mal, y, habiéndole privado de la vista, le había otorgado el canto admirable.» Ese es un texto sublime para el que sabe reflexionar: da el bien y el mal; ¡ese es su tierno amor! Y cada cual interpretará á su modo, porque *es necesario* que nosotros, los poetas y los pensadores, perdamos *la vista*.

213.—*Contra la enseñanza de la música.*

El desarrollo artístico de la vista desde la infancia, por medio del dibujo y de la pintura, por croquis de paisajes, de personas, de acontecimientos, proporciona, de una manera accesoria para toda la vida, esta ventaja inapreciable de *aguzar* la vista para la observación de los hombres y de las situaciones, para hacerla *tranquila y perseverante*. No resulta ese beneficio secundario de la cultura artística del oído.

214.—*Los que descubren trivialidades.*

Los espíritus sutiles, para quienes nada está más lejos que una trivialidad, las descubren muchas veces después de largos rodeos á través de los senderos de montañas, y sienten un vivo placer en ello, con gran sorpresa de los que no son sutiles.

215.—*Moral de los sabios.*

No es posible un progreso rápido y regular de la ciencia, si algunos sabios no son *demasiado desconfiados*, hasta el punto de que comprueben cada cálculo y cada afirmación de otros sabios, en dominios que se encuentren lejos de ellos. Pero hay en eso una condición: es que cada uno tenga, en el campo de su trabajo, competidores que sean *extraordinariamente des-*

*confiados*, y que le vigilen con atención. De esta proximidad entre los que no son «demasiado desconfiados» y los que son «extraordinariamente desconfiados», nace la equidad en la república de los labios.

216.—*Causa de la esterilidad.*

Hay espíritus de muy buenas dotes, que permanecen siempre estériles, sólo porque, por debilidad de temperamento, son demasiado impacientes para esperar su preñez.

217.—*El mundo de las lágrimas.*

El desagrado múltiple que las aspiraciones de la cultura superior causan al hombre, acaba por trastornar el orden natural, hasta el punto de que el hombre se porta, en las épocas comunes de la vida, de una manera inflexible y estoica, y no tiene lágrimas para las raras ocasiones de felicidad; y aun ocurre que el simple goce, ocasionado por la ausencia de dolor, hace llorar; su corazón no late más que en la felicidad.

218.—*Los griegos como intérpretes.*

Cuando hablamos de los griegos, hablamos también, involuntariamente, de hoy y de ayer; su historia, universalmente conocida, es un claro espejo que refleja siempre algo más que lo que se encuentra en el espejo mismo. Nos servimos de la libertad que tenemos de hablar de ellos para poder callarnos sobre nuestros asuntos, á fin de permitirles murmurar algo al oído del lector reflexivo. Así, los griegos facilitan al hombre moderno la comunicación de cosas difíciles de decir, pero dignas de reflexión.